

CAPÍTULO QUINTO:

EL PROBLEMA DEL MAL

Primera parte: desde la filosofía y la tradición.

1. El mal como objeción a la fe.

Uno de los problemas más complejos que tiene la fe es el de dar respuesta a la presencia del mal en el mundo creado por un Dios bueno, es decir, proponer una Teodicea razonable. Sin embargo, se puede vivir la fe sin resolverlo dado que este problema no es central en ella. No es recomendable iniciar o retomar la fe comenzando por el problema del mal dada su dificultad, conviene buscar a Dios por otros caminos. Durante mucho tiempo mantuve el problema del mal pospuesto, pues es lo que suelo hacer cuando tengo un problema de fe, ante el cual no veo salida por más que dé vueltas sobre él. Pienso que quizás más adelante le encuentre solución. Ahora, después de tantos años, creo que puedo entrever una posible respuesta.

Con cierta frecuencia el problema de la presencia del mal en el mundo y la fe en un Dios de bondad Todopoderoso, se usa como piedra arrojada contra los creyentes. Pienso que discutir con algún no creyente sobre la eticidad de Dios es un contrasentido. Si el que no tiene fe en Dios, se empeña en argumentar la maldad de Dios como una evidencia, con el fin de apoyar su falta de fe, pues seguramente habrá que decirle que a él que le importa si Dios es malvado o bondadoso, si sabe que no existe.

Es que si Dios no existe, es decir, si quitásemos a Dios del mundo, ¿el mal desaparece? No, evidentemente no. La Naturaleza sigue imponiéndose, el hombre sigue actuando con descaro y desenfreno cayendo como verdugo contra sus víctimas indefensas. Sin Dios el origen del mal es sin duda el propio entorno natural y humano, la falta de ética en general, pero sobre todo de los poderosos. ¿Por qué motivo he de cambiar estos argumentos como causa del origen del mal al hacerme creyente, al optar por mi fe en Dios? ¿acaso por hacerme creyente debo culpar a Dios del mal? Si quitando a Dios el mal desapareciese sería un fuerte argumento para quitar a Dios del medio, y esto aunque sea prácticamente imposible de probar de hecho no sucede. Tampoco basta el simple abandono personal de la idea de Dios, el mal en este caso no sólo no desaparece sino que con frecuencia aumenta.

Pero si lo que se pretende es desbaratar mi fe, argumentando la falacia de un Dios malvado pues la contestación es bien simple: “Si quieres juzgar a Dios tendrás primero que asegurarte que estás juzgando a alguien”. En realidad no se está argumentando contra Dios, sino contra las ideas que se supone que yo tengo sobre Él. Me atribuye sus propias ideas. Lo que ocurre es que mis ideas sobre Dios no tienen nada que ver con las que él se imagina.

2. Apuntando respuestas.

De todas las respuestas relevantes para mí que se han dado al problema de la existencia de Dios y la presencia del mal, **ninguna** en mi opinión consigue solucionarlo. Daré razones por las cuales no me convencen. Sólo la última (2.12), si la modifico un poco, podría apuntar quizás a una respuesta razonable.

2.1 Un Dios malvado.

Proposición: Si Dios se piensa como creador de “todo”, no solo será responsable de todo lo bueno sino también de todo lo malo que existe en la creación. No solo crea el mundo en su origen y lo deja a su suerte, sino que además lo sostiene y lo conduce en el tiempo, de modo que “todo” lo que sucede es no sólo permitido por Dios, sino querido, planificado y hecho por él. Si se le supone además el ser todopoderoso y poder intervenir en cada momento y lugar, su responsabilidad en el mal es máxima e inexcusable. ¿Es Dios un ser malvado?

En este mundo hay tantas injusticias, tantos males que soportar, tanto sufrimiento y muerte, que parece ser un mundo maldito. Que sean además las causas justas y buenas tan difíciles de hacerlas prevalecer, lleva a pensar en un mundo regido por poderosas fuerzas del mal, ante las cuales el hombre poco puede hacer. Algunos creen que estas fuerzas malélicas son en realidad espíritus del mal o demonios, incluso dioses malvados aun más poderosos.

Si lo que hay es un solo Dios, o bien es que no tiene poder suficiente para acabar con todo ello, o bien es un Dios malvado. Ya en la Grecia Clásica se planteó el problema: Si Dios quiere y no puede, es impotente; si no quiere y puede, es un malvado; si ni quiere ni puede, es impotente y malvado; pero si quiere y puede ¿de dónde provienen los males? ¿por qué no los suprime?

Suponer un Dios malvado o creer que existe y por tanto darle culto, es algo que se ha dado con cierta frecuencia en la historia, sobre todo en sociedades secretas y perseguidas. Otros no tan explícitos, se comportan como adoradores del mal, pues se esfuerzan por sembrar el mal allí donde se encuentren.

Mis razones: No tengo argumentos que puedan oponerse a la existencia de un Dios perverso y malvado, que se divierte viendo sufrir sus criaturas y al hombre, haciéndoles pasar por toda suerte de males. No tengo argumentos porque en realidad no sé cómo es Dios, pero de lo que sí puedo estar seguro es que los que proponen un Dios malvado tampoco lo saben. Más bien se trata de una elección, y tanto elegir la opción de un Dios bondadoso como la de un Dios malvado, requiere justificaciones y asumir sus consecuencias. Lo que sí tengo muy claro es que yo no quiero renunciar a la esperanza y que un Dios malvado la haría imposible. (Sobre la responsabilidad de Dios en el mal lo trataré más adelante).

2.2 Un Dios impotente.

Si Dios es bueno y justo ¿dónde estaba en el holocausto judío? ¿en las masacres de tantas guerras? ¿dónde mira cuando pueblos enteros son arrasados por terremotos o inundados por las aguas? ¿cómo deja que ocurra tanto sufrimiento, explotación, tortura, hambre, enfermedad de niños/as inocentes?..... Si sabe todo, lo ve todo, y tiene el poder para evitarlo ¿cómo puede permanecer impasible? ¿cómo es que no hace nada para impedirlo?

Proposición: La evidencia es que Dios no puede ser todopoderoso, al darse en el mundo tanto mal. Alguna causa debe tener atrapado a Dios, que le impida ejercer su poder o bien simplemente que no tiene poder. En este caso, se tratará de un ser bueno y bondadoso, clemente y pacífico, pero extremadamente permisivo y por eso mismo carente de autoridad, al cual todo el mundo puede torear y hacer lo que le viene en gana. Se trata por tanto de un ser débil, indefenso, impotente ante el mal.

Mis razones: Yo no puedo creer en un Dios impotente contra el mal por las mismas razones que siendo un Dios malvado, anula mi esperanza. Es posible quizás que el poder de Dios consista en algo distinto a lo que comúnmente se cree que sea el poder. Pues si el hombre actuara con el poder de un Dios Todopoderoso, lo haría ejecutando a los homicidas y asesinos, condenado a los torturadores, violentos, maltratadores, explotadores, etc., cambiaría los procesos naturales para que cuidasen con mimo a la criatura humana, transformándola en una madre protectora. Sin embargo, Dios no actúa de ese modo. Es el proceder de Dios lo que no entendemos, y quizás tampoco el sentido, contenido y significado del poder de Dios. (El proceder desconcertante de Dios lo trataré más adelante).

2.3 Un Dios indiferente.

Proposición: Una alternativa a la propuesta de un Dios impotente puede ser la que supone que teniendo Dios todo el poder, haya abandonado a la creación y al hombre a su suerte. Es la propuesta de la no intervención de Dios. Dios crea el mundo pero no interviene para nada ni en los procesos que ocurren en él ni en los asuntos humanos, y por tanto todo el mal o el bien que se genere o que el hombre pueda hacer, sólo dependería de ellos mismos sin ser responsabilidad de Dios. Podría ser una decisión tomada desde el principio, de modo que aunque tenga todo el poder para intervenir en el mundo y en los asuntos humanos, se mantiene alejado por ser esa su voluntad. Si acaso ya ajustará cuentas al final de los tiempos dando a cada uno lo que le corresponde, para que la justicia se cumpla.

¿Es que Dios ha abandonado al hombre en su vida presente? La experiencia de abandono de Dios se da de un modo frecuente en muchos hombres, incluso en los que tienen una evidente relación intensa con Él. ¿Quién no ha sentido su aguijón cuando todo sale mal, cuando parece que todo se ha vuelto en contra, y se ceba una y otra vez sin piedad y sin futuro? Para colmo, estas situaciones son sin duda mayores precisamente entre los pobres de la tierra, los marginados...

Mis razones: La propuesta de la no intervención de Dios es coherente con una visión científica y materialista (sin espíritus...) de la realidad, que desde el primer capítulo he asumido. Un mundo sin planes ni diseños previos ejecutados por Dios, un mundo natural y humano sin magias ni milagros ni intervenciones divinas. El problema es que Dios, en este caso, está situado más allá de la vida presente y la religión quedaría centrada en un “cielo” y preocupada por el juicio final para entrar en él. El mundo y la vida humana del presente pasan a un segundo plano, pasan a ser un simple medio para quedar justificados en el juicio mediante una ética responsable.

A mí no me sirve de nada un Dios que no pueda o no quiera ayudarme ni ayudarnos, en nuestros problemas y sufrimientos de la vida. No es la religión que quiero, ni la que puede ser expresión de mi religiosidad, aquella que se centra en un cielo en el más allá y en el juicio que me abra o no sus puertas si las tiene. Yo lo que necesito es un Dios cercano, implicado en el mundo y en los asuntos humanos, no mediante intervenciones divinas, mágicas o milagrosas, sino respetando mi libertad y autonomía, la de todos y la del mundo. (el cómo, lo trataré al final del capítulo).

2.4 El mal y Dios, ámbitos distintos.

Proposición: Se puede insistir en la no intervención de Dios para la exclusión de sus responsabilidades en el mal, no atribuyendo a Dios indiferencia sino separando ámbitos distintos. Se dice aquí que el mal pertenece al ámbito humano no al de Dios. Así el mal no alcanza a Dios, no es su enemigo, no lucha contra él, no se enfrenta a Dios, no está a su nivel. El mal para Dios no tiene consistencia, ni condiciones, ni medios, ni fortaleza, ni nada eficaz con los que pueda presentar batalla contra Dios. No están al mismo nivel. El mal no tiene consistencia divina. El mal, los demonios, Satán y los suyos, no son rivales de Dios sino en todo caso del hombre, pues el mal es un asunto exclusivamente humano. Dios no queda expuesto, ni afectado de ningún modo por las fuerzas del mal. Por eso no tiene ningún sentido decir que Dios es el responsable del mal en el mundo y en el hombre. El mal pertenece a la dimensión humana no a la divina.

Además decir que Dios es el autor del mal es un razonamiento absurdo, si lo pensamos como la Fuerza y Sabiduría creadora y sostenedora de lo que existe, ¿qué tiene esto que ver con la maldad humana? Por mucho mal que el hombre haga, en todo caso afectará a su supervivencia como especie y a su entorno natural. Tal vez podrá destruir los ecosistemas y si se empeña la Tierra y la vida. Pero esto, ¿qué importancia tiene en el conjunto de nuestra galaxia con miles de millones de estrellas como nuestro sol? Aunque explotase el Sol y la Tierra quede carbonizada, no afectaría en nada al inmenso Universo, mucho menos a Dios. Dios está a un nivel completamente distinto. La Fuerza que hace que las cosas sean es demasiado grandiosa para verse afectada por la maldad humana, por muy brutal que esta pueda llegar a ser. Somos demasiado orgullosos, nos creemos el centro de todo, y lo que hacemos lo consideramos tan importante que nos creemos capaces de poder acabar con todo cuanto existe, incluso con Dios.

Mis razones: Pero si para quitar la responsabilidad de Dios con respecto al mal, separamos los ámbitos divino y humano tanto que no se interfieran entre sí, hacemos de Dios un ser lejano sin interés alguno por los asuntos humanos. Mi respuesta es idéntica a la anterior. Un Dios así no nos sirve de nada, no sería capaz de responder a las preguntas fundamentales de la vida humana ni tampoco podría ayudarnos.

2.5 El maniqueísmo.

Proposición: Una respuesta en sentido contrario a la anterior sería una posición maniquea. Consiste en proponer dos fuerzas antagónicas **el mal** y **el bien**, que luchan entre sí desde toda la eternidad. Las batallas entre ellas son desiguales, cuando vence el bien en la Tierra hay paz, abundancia, salud,..., pero cuando vence el mal hay un tiempo de guerras, hambres, enfermedades y muertes. También podría proponerse la misma idea como dos principios antagónicos: el amor y el odio. En unos momentos vence el amor y todo tiende a juntarse en convivencia pacífica, pero en otros vence el odio y todo se dispersa en conflictos y violencia. Lo que hay es una mezcla de amor y odio, de bien y mal, que es el mundo en que vivimos.

En la teología cristiana también se ha personificado el mal, con los demonios y Satán. Se dice que el mundo fue creado en el bien pero Satán y las fuerzas del mal lo han dominado. Hay una lucha en los cielos de los ángeles buenos contra los demonios, que durará hasta el fin de los tiempos. Incluso se dice que Jesús bajó a la Tierra con el fin de liberarla del dominio de Satanás. Al menos hasta el fin del mundo esta lucha persistirá. Por tanto aquí, el mal compite a la altura de Dios enfrentado a su poder.

Los maniqueístas creen que esta lucha del mal contra el bien y a la inversa, sucede en todos los campos. Así que cada hombre debe colocarse el mayor tiempo posible a favor de uno de los dos bandos, de esta forma puede hablar de amigos y enemigos, según el lado en que esté de la lucha sin fin. Algunos pensadores cristianos, hablan de esta lucha de los hijos de la luz y los de las tinieblas, constructores de la Jerusalén celestial o de la Babilonia de los infiernos. Al final de los tiempos los hijos de la luz vencerán y Babilonia será destruida.

Mis razones: Yo no puedo sostener la tesis de un estado de enfrentamiento perpetuo, de lucha, entre principios, fuerzas, o seres en constante conflicto. Este concepto tiene un peso bélico que no puedo compartir, pues tiene como consecuencia que veamos nuestro mundo humano dividido en al menos dos bandos, los amigos y los enemigos, preparados para la guerra. Es el modo más fácil de sostener el pensamiento militarista, muy alejado de mi forma de pensar.

Y sobre todo, yo no puedo ni quiero admitir principios o poderes sobrenaturales, mágicos o divinos. No existen en el entorno natural y humano fuerzas del mal ni tampoco fuerzas del bien. No existen espíritus angélicos benefactores ni demonios que lo tuercen todo hacia el mal. Lo que hay, en mi opinión, son situaciones y acciones buenas o malas según favorezcan lo humano o sean contrarias a él.

2.6 El pecado como origen del mal.

Proposición: En la Biblia se descarta de entrada el maniqueísmo puesto que dice que el mundo fue creado por Dios en el bien. ¿De dónde entonces procede el mal? Según la leyenda del pueblo hebreo el hombre (*Adán*), fue creado en el paraíso sin mal alguno en él. Esto podría significar que habrá que considerar su comportamiento heredado como especie animal exclusivamente instintivo sin valoración ética, es decir, aunque tuviese voluntad y capacidad de decisión, no podría calificarse sus actos como buenos o malos, sino totalmente integrados en el entorno natural, sin ningún margen moral. Nadie por ahora atribuye responsabilidades éticas a los animales.

El relato continua con el acercamiento de Dios al hombre, estableciendo con Adán y Eva una alianza proponiéndole una condición: no comer del árbol del bien y del mal, como contrapartida les da la vida para siempre, “porque el día que comieres de él, morirás sin remedio” (Gen 2,17b). El hombre y la mujer se enfrentan al mandato de Dios, entrando el pecado en el mundo origen de todos los males.

Sin embargo, me resulta chocante la actitud del Creador. ¿Cómo es posible que Dios haya hecho una criatura tan libre que pueda enfrentarse a él? ¿acaso le divierte ver la altivez que manifiesta su criatura tan impotente e insignificante? Algunos responden que el hombre no es tan insignificante, sino que fue creado como rey de la creación y con el mandato de dominarla. Y sobre todo que fue creado a imagen y semejanza del creador.

¿Por qué en el mito de la caída del hombre, Dios pone una zancadilla, un mandamiento que sabe que el hombre no va a cumplir, dejándole en definitiva en una posición desgraciada? ¿es que acaso no podría haber creado al hombre con la fuerza y capacidad suficiente para cumplir sus mandamientos? Sin embargo, puede que el hombre tenga la fuerza y capacidad para hacerlo, pero no quiere. Quiere tomar sus propias decisiones aunque sea enfrentándose a la voluntad de Dios.

Mis razones: Pregunto, si el ser humano hubiese obedecido la voluntad de Dios ¿no existiría mal en el mundo? Pues de entrada es una afirmación que no puede probarse, pero lo razonable es pensar que el mal persistiría ¿o es que no seríamos seres biológicos? Y además dudo mucho que con ese bagaje ético de bienes se hubiese podido desarrollar una historia exitosa hacia las sociedades avanzadas. Es más si desde el principio tuviésemos el paraíso y no hubiese sido expulsado de él por el pecado, no tendríamos nada que cambiar o mejorar, sino vegetar complacidos en la abundancia. ¿es esto todo cuanto queremos? ¿en esto consiste la finalidad de la vida humana?

El mal es anterior al hombre. El sufrimiento, la enfermedad y la muerte son muy anteriores al pecado, a cualquier acción humana. Y aunque es cierto que hay males que tienen su origen en la ética como trasgresión moral o pecado, ética y moral no provienen de nuestro origen sino del desarrollo posterior de la sociabilidad por nuestra capacidad de cooperación y convivencia que vamos mejorando a lo largo de la historia. Y esto puede probarse. ¿Acaso alguien puede afirmar que nuestros ancestros humanos, grupos pequeños carroñeros o cazadores-recolectores, partieron de un origen en el nivel máximo de la ética que

perdieron por enfrentarse con su dios?

2.7 Premio o castigo.

Proposición: Todos los padres y educadores sabemos de la necesidad de recurrir a premios o castigos. No hacerlo sería falta de atención o indiferencia o lo que es peor de cuidado, cariño o amor hacia los hijos. A Dios se le suele presentar como un padre bondadoso que premia o castiga a sus hijos. “Si haces el bien Dios te premiará con toda clase de bienes, si haces el mal Dios te castigará con toda clase de males”.

Esto implica que sea Dios mismo el que ha llenado el mundo humano de toda suerte de males y sufrimientos, a causa del castigo por el pecado del hombre. La Biblia está plagada de castigos divinos terribles por las numerosas infidelidades de Israel. A muchos, entre los que me encuentro, el castigo de Dios les parece desmesurado y más que un castigo corrector de una falta se ve más bien como una cruel venganza. Por más que se intenta agravar la importancia del pecado (incluso hasta el infinito por ofensa a un Dios infinito), no consigue diluir la idea de un Dios implacable sediento de sacrificios y sangre, que inspira miedo.

Este planteamiento de que Dios premia a los buenos y castiga a los malos, se debilita a causa del sufrimiento de justos y víctimas inocentes. La respuesta dada de la recompensa del cielo más allá de la muerte, envenena la vida presente al convertirla en un valle de lágrimas, puesto que cuantos más males, sacrificios y sufrimientos se padezcan aquí, mayor será la recompensa en el cielo. Pero entonces ¿de dónde salen esos sufrimientos inmerecidos del justo? ¿También de Dios? Pues algunos dicen que sí, que la causa de esos padecimientos del justo suceden para probar la calidad de su justicia. Dios prueba el grado de obediencia y fidelidad del justo.

Mis razones: Este pensamiento sobre Dios supera todos los límites, me resulta intolerable. La idea de Dios y de justicia que sostiene un comportamiento semejante es para mí abominable. Creo que Dios nada tiene que ver con esto. Dios no dedica su tiempo a enseñar a los hombres el camino del bien mediante premios o castigos. Mucho menos somete nadie a prueba alguna de obediencia y aun menos a los justos. De ninguna manera Dios es el autor de los males que sufrimos, ni como castigos por los pecados ni como pruebas de fidelidad. La idea de un Dios como juez, que pesa en una balanza el mal y el bien realizado por un hombre y compensa la falta de bien o el exceso de mal con los sacrificios sufridos, me parece mezquino y repugnante, no solo la compensación sino todo el escenario.

2.8 El mal es el precio de la libertad.

Proposición: Si el mal no procede de Dios ni como castigo ni como prueba, puede que sea solo consecuencia del pecado. Dios nos ha creado libres, con capacidad para desobedecerlo y por tanto de pecar. Que Dios se toma al ser humano en serio respetando su voluntad, aunque esta sea contraria a la suya. Que Dios ha impreso en la conciencia humana la bondad, que corresponde a la voluntad de Dios, pero por su libertad el hombre puede actuar contra su conciencia originando el pecado, fuente de todos los males. El mal por tanto, no procede de Dios sino del hombre. Dios no crea el mal no es el responsable del mal sino del

bien, puesto que la libertad es un bien que procede de Dios.

Lo curioso es que nadie en sus cabales, si ocupara teóricamente la posición del Creador, hubiera aguantado la maldad humana, ni tampoco evitado su extinción hace ya mucho tiempo. Dios sin embargo, parece hacerlo. Y si esto es así, entonces no esperó a que la evolución diera una especie más capacitada, menos brutal y agresiva. Tal vez sólo unos pocos millones de años más, habrían sido suficientes para la aparición de otro homínido, en mejores condiciones. No esperó, las características mínimas de la especie humana, las consideró suficientes para llevar a cabo sus planes, y a pesar de todo el mal que su decisión iba a generar, puso su confianza en el hombre tal cual es y no otro.

Por tanto ¿a quién echar las culpas del mal? ¿a Dios? Él nos crea libres sabiendo que el mal se extendería, Él es el responsable ¿Por qué no esperó a una especie mejor? Pero es evidente que en este caso, si lo hubiese hecho **ninguno de nosotros estaríamos aquí**, así que al menos yo, me alegro y le agradezco que haya tomado esa decisión, (si la hubiere).

Mis razones: No creo que en la conciencia humana esté impreso un código moral de bondad desde el principio y en todos los hombres. La culpa del pecado si esto fuese así se extendería a toda la humanidad desde su inicio (el pecado original). Sería además muy injusto exigir nuestro código moral actual a épocas pasadas o a otras culturas y etnias. Todos los indicios apuntan a que tenemos una estructura ética heredada, como la tenemos para el lenguaje, pero en ninguno de los dos casos heredamos su contenido.

No me parece plausible ni justo decir que en el origen teníamos una ética y una libertad del más alto nivel dadas por Dios y que el tiempo las ha ido deteriorando. Mi opinión es contraria, con la historia vamos adquiriendo mayores parcelas de libertad y mejoramos nuestra capacidad ética y su contenido.

Por otro lado, si el mal es consecuencia del pecado y este de la libertad, se podría decir que el mal es el precio de la libertad. Pero pagar por tener libertad, me suena a un discurso característico de los poderosos. “Si eres mi esclavo debes recompensarme por darte la libertad”. ¡Y vaya si en la historia lo han hecho pagar! Cada parcela de libertad obtenida, los poderosos y privilegiados la han hecho pagar con sangre.

Y sobre todo en ningún sentido puedo ni quiero relacionar el mal con la libertad humana. El bien en la humanidad progresa en correlación directa con la libertad, y esta no puedo ni quiero tomarla como fuente del mal.

2.9 Dios, del mal originado obtiene un bien.

Proposición: ¿Cómo es posible que Dios, aunque quitamos su responsabilidad, permite que el mal se extienda? Supuestamente Dios detesta el mal que hay en el hombre, entonces ¿por qué está empeñado en conservarnos la vida? Si Dios sabe que vamos por el camino equivocado, que somos unos seres malvados, ¿cómo puede permitir que sigamos viviendo? ¿No hubiese sido más fácil, tanto para nosotros como para Dios, que al darnos conciencia y libertad nos hubiese marcado para siempre con el bien y la justicia. ¿Por qué no nos dejó

claramente lo que debemos hacer? ¿Por qué no habla abiertamente con nosotros? ¿Por qué no nos dice con claridad lo que quiere, y nos manifiesta el camino del bien y la justicia, dándonos la fuerza y capacidad para hacerlo? Pero si Dios se manifestara como es todopoderoso e inmenso, se impondría con fuerza absoluta a cualquiera de nuestras decisiones. No nos quedaría ningún margen. Seríamos una criatura diferente, con otra historia, otras perspectivas, pero no nosotros tal y como somos.

Muchos dicen que Dios no se arrepiente de haber creado al hombre dotado de libertad y por tanto con la posibilidad de generar el mal. No se arrepiente porque en definitiva no solo queda el mal, e incluso con el mal puede obtener el bien.

Mis razones: Esta solución no es la que busco. Si Dios planifica decide y ejecuta la permisividad del mal ¿dónde queda la justicia? ¿puede acaso justificarse un buen fin obtenido por un medio malvado? ¿tiene acaso valor un mal para sacar de él un bien? ¿permitir el mal es acaso un valor ético, un proceder justo?

2.10 A Dios no podemos juzgarlo con patrones de la ética humana.

Proposición. Se dice que juzgar el proceder de Dios con criterios humanos es un error, porque jamás el hombre con el poder de Dios actuaría como Él lo hace. No habríamos dejado con vida a una criatura tan malvada como el hombre, ni le habríamos dado libertad y responsabilidad de sus actos.

En cierta medida podría resultar razonable decir que no tenemos un procedimiento factible por el cual podamos juzgar a Dios. El juicio sobre la eticidad de Dios no puede alcanzarle. La Ley ética no es una ley universal que sirva para todo, con ella no podemos juzgar a Dios, pues no puede estar sometido a ninguna ley humana. Si nos atrevemos a juzgarle, no es a Dios mismo a quien juzgamos, sino a una imagen impropia que nos hacemos de Él completamente insuficiente.

Mis razones. Si hacemos esto implicaría que no podríamos hacer juicios de valor sobre Dios, ni presuponer en él la bondad y la justicia. Si esto fuese así ¿cómo confiar en Dios para que pueda ayudarnos y responda a nuestras preguntas existenciales?

2.11 El mal como carencia de bien. Creación imperfecta.

Proposición: Dadas las dificultades para justificar la existencia del mal unido a la creencia de Dios Todopoderoso, algunos han optado por negar la existencia del mal. Afirman el mal no existe, es simplemente carencia de bien. El mal se encuentra en lo opuesto a Dios, en el que reside todo el bien. Dios crea el cosmos, el orden del mundo a partir del caos original, en donde nada existía y por tanto piensan que en ese caos primordial radica la residencia del mal, pues no se da aún ninguna creación. Al final todo quedará recogido en el bien, del lado de Dios, atraído por Él, al desarrollar plenamente toda la creación.

Esto supone que la creación no es perfecta, sino en proceso de perfección. Por lo cual el mal aparece por una creación imperfecta, que solo desaparecerá al final cuando el proceso

de perfección culmine.

Mis razones: Pero esto no elimina la dificultad sino que la agrava. ¿Por qué Dios crearía una cosa imperfecta o lo que es lo mismo en proceso de perfección, y no completamente acabada en el bien? Si la crea imperfecta ¿no la está creando en carencia de bien y por tanto en el mal? Necesariamente estaría Dios creando, planificando y diseñando un mundo en el que toma en cuenta el mal como un factor importante. ¿Tan impotente era para no dotar a su creación con toda clase de bienes?

Pensar el mal como carencia de bien se basa en un juego de palabras: si el mal es carencia de bien, por lo mismo el bien es carencia de mal. Optar por una proposición o por la otra, da cuenta de las intenciones por las que se hace. Pienso que es como poco malintencionado negar la existencia del mal y tratar de acomodarlo a la carencia de bien. ¿Es que acaso puede negarse la experiencia común de sufrimiento que el mal produce? ¿sufres acaso porque careces de un bien y no porque tienes un mal?

El mal no es carencia de bien. El mal no es una fuerza o un poder mágico como tampoco lo es el bien que se apoderan de nosotros y nos poseen. Tanto el bien como el mal no son otra cosa que el conjunto abstracto de todas las acciones buenas o malas, si potencian lo humano o se oponen a él. Como hay acciones buenas y las hay malas, el mal y el bien son realidades inexcusables.

2.12 Dios ha creado el mejor de los mundos posibles.

Podría ser esta la respuesta que busco si la retoco un poco.

Proposición: Para eliminar la responsabilidad de Dios en el mal y también explicar la presencia del mal en el mundo, la alternativa de Dios sería algo así como crear algo que lleva necesariamente implícito el mal o no crear nada. Dios elige crear entre los posibles aunque lleve el mal, el mejor de todos. Esto supone que no existe la posibilidad de crear un mundo bueno sin males, lo cual lleva a la pregunta ¿hay límites en el poder de Dios?

Mis razones: Admitir que vivimos en el mejor mundo posible lo encuentro intolerable. Una vista ligera sobre lo que tenemos nos hará desistir de una proposición semejante. Al contrario, mi propuesta es justo la opuesta: **un mundo mejor es posible**. Aun así, podría conjuntar las dos cosas si **la primera proposición hace referencia al pasado y la segunda al futuro**.

3. Mi propuesta: el mal proviene de la autonomía del mundo.

Si en el capítulo sobre la existencia de Dios (cap. 3) propuse la acción creadora de Dios como el “hágase”, **eligiendo entre las alternativas que la Naturaleza y el hombre**

proponen con plena autonomía, es evidente que el resultado no puede ser la perfección, sino más bien el mejor de los mundos posibles. Sin duda esto eliminaría la responsabilidad de Dios en el mal y también explicaría la presencia del mal en el mundo.

Se podría objetar que en el momento en el que Dios fija el presente de cada suceso con su “hágase”, si ese suceso da lugar a una acción mala ¿Dios está “obrando mal” o permite el mal? Pues depende. Hay acciones malas cuando existen otras alternativas u opciones que no pasan por malas, pero cuando no las hay solo cabe el no actuar. Pero si el no actuar lleva a consecuencias aun peores, en mi opinión lo que debe hacerse, precisamente con sentido ético, es elegir la mejor entre las posibles.

Por otro lado la proposición del mejor mundo posible se asemeja a la creación imperfecta, en proceso de perfección, (2.11). Pero en esta hay planificación o diseño, ejecución y finalidad, desde su origen hasta su final, todo realizado en sujeción a la voluntad de Dios. Por tanto tiene que contar con el mal como un factor más o menos importante de su plan, con lo cual su responsabilidad es inexcusable. Sin embargo, en la propuesta del mejor de los mundos posibles, **al poner el acento en la autonomía completa del mundo, ni la planificación ni la finalidad tienen aquí papel alguno que jugar**. De ningún modo entra el mal en los planes de Dios, pues no hay plan ni diseño alguno. El único plan que reconozco en Dios es la salvación del hombre.

Dada la autonomía del mundo, la respuesta no sería que Dios ha creado el “mejor” mundo posible, sino solamente **uno entre los propuestos**. Si el único plan de Dios es la salvación del hombre, es evidente que no es un plan del pasado sino del futuro. Dios se fija en el hombre para salvarlo, sin que sea necesario haberlo planificado previamente a su origen. Le basta que la línea evolutiva humana no se extinga en ningún momento de la historia natural y humana, para que su plan de salvación se realice. Es factible pensar que la elección entre mundos propuestos con autonomía, la realice Dios con sentido antrópico. Calificar este sentido como el mejor lleva a confusiones.

NOTA:

Todas las respuestas que he apuntado hasta aquí las he hecho propuestas desde arriba, desde el punto de vista de Dios, como si pudiésemos ponernos en la piel de Dios. Cambiemos de perspectiva y vamos a tratar de hacerlas desde abajo desde la experiencia humana. Y es que el mal no es una entidad o un principio, ni un poder o una fuerza mágica o divina, que se extiende sobre el mundo y las personas, sino que deriva de las malas acciones humanas, de la mala intención y voluntad, ...y solo se puede hablar del mal como el conjunto de ellas.

Segunda parte: desde la experiencia humana.

4. El origen del mal en la historia humana.

Los primeros humanos tendrían probablemente una estructura básicamente recolectora y vegetariana, que luego pasa a otra recolectora carroñera cambiando progresivamente su régimen alimentario. Más adelante, los grupos humanos al producir y manejar útiles pasarían a ser eficaces cazadores-recolectores en el paleolítico temprano. Se cree que contaban con un número entre 20 y 30 individuos, y que estaban organizados jerárquicamente, de modo que cada uno de los individuos ocupaba una posición definida. Esta organización la compartíamos con la que tienen los primates más próximos: chimpancé y gorila. Cada grupo ocupaba un territorio más o menos extenso, de acuerdo con sus necesidades alimentarias. La cultura y la estructura se complica sobre todo en la relación entre los grupos, a todo lo largo del paleolítico, pero no es hasta el asentamiento de la estructura económica neolítica, agrícola y ganadera, cuando tienen lugar los cambios importantes.

¿Dónde puede agarrar el mal en una cultura de estructura cazadora recolectora? Creo que son muy distintas las condiciones si la comparamos con la agrícola ganadera, el inicio de la estructura industrial o las estructuras actuales. En las estructuras cazadora recolectora el individuo dependía totalmente del entorno natural y estaba integrado en él. Por ello creo que puedo hacer la pregunta: ¿qué mal puede cometer el individuo integrado en el mundo natural? Un lobo o una leona, miembros de un grupo organizado de caza, o también un pulpo, o un cangrejo ermitaño ¿pueden considerarse como fuentes de mal? Es evidente que el grupo humano, emplearía medios violentos entre los miembros de su grupo para situarse en la jerarquía, o para guardar o ampliar su territorio contra otros grupos en competencia, de forma semejante a otras especies. ¿Dónde buscar entonces el origen del mal? Situaciones de injusticia, de privilegio, de violencia gratuita, de intolerancia, se darían con naturalidad en esa estructura de jerarquía simple e igualitaria. ¿Es nuestra naturaleza como especie la responsable?

En la estructura neolítica agrícola ganadera, se da la acumulación de riqueza y se complican los grupos humanos. Con la formación de clases sociales: gobierno, administración y gestión, militares, nobles, campesinos, artesanos, siervos y esclavos, se pierde la igualdad y desde una organización más o menos horizontal, se pasa a una verticalidad muy desigual. Aparecen por vez primera los reinos y los grandes imperios, y con ellos la acumulación del poder y la guerra. El encuentro con el mal se hace evidente y ya solo hará aumentar a lo largo de los siglos, en cada una de las civilizaciones y la historia que ha recorrido cada cultura. No sólo aumenta el mal, sino que también las condiciones de vida mejoran para el hombre a medida que el tiempo transcurre.

Cada época supone para el hombre un coeficiente, por el que hay que multiplicar la cantidad de mal-bien que ella misma genera. Es probable que ese coeficiente sólo ha hecho aumentar con el tiempo, sin prácticamente variar su proporción relativa. Naturalmente el mal no surge de forma espontánea, en el neolítico solo hacer crecer, mientras que sus raíces seguramente hay que rastrearlas en la estructura anterior, e incluso en las características que

el hombre hereda en el origen de su especie.

5. El mal de procedencia natural.

Decir que la Naturaleza es buena, es decir, que en la Naturaleza no hay mal alguno y que el mal es algo exclusivo del hombre es un error por desconocimiento. Buscar un alto nivel ético en la vegetación o el paisaje carece de sentido, pero si lo buscamos entre los animales fracasaremos. Su comportamiento no es ético sino “instintivo” y podemos calificarlo con muchos adjetivos pero no cabe el “bueno”. Muchos de los caracteres humanos, por no decir todos los que calificamos como malos, proceden de nuestros ancestros animales.

Para situar el origen del mal, no podemos ignorar que somos seres vivos y por tanto sometidos a sus condiciones. El hombre como todo ser vivo, está inmerso en el mundo natural, y como todos sometido a la presión fortísima de la selección natural. Desde los primeros momentos de la vida, cada ser vivo se relaciona con su entorno para poder alimentarse, de modo que cada uno ocupa un lugar en las cadenas alimentarias. La mayoría se comportan a la vez como depredador y como presa. Nos bastan unas pocas señales para conocer nuestro entorno y todo lo que se relaciona con nosotros. Así nuestro medio lo suponemos conocido y por tanto esperamos salir airoso en la lucha por la vida, en el puesto de superdepredador que nos corresponde. Nuestro estado de salud, las enfermedades que sufrimos dependen en última instancia de la biología, de nuestra condición de seres vivos.

Hemos dicho en otro lugar que la muerte es necesaria para la evolución de los seres vivos. También el dolor y el sufrimiento son valiosos para la vida. Son mecanismos seleccionados por la evolución, porque son necesarios para la conservación de la especie. El dolor avisa del mal funcionamiento de determinadas funciones o mecanismos. El dolor indica lo que hay que corregir para seguir adelante y no agravar la situación con males mayores. Existen vías especiales del dolor que corren por el fascículo posterior de la médula, que recogen los impulsos de receptores especializados sensibles al dolor, y los conducen hasta la corteza somestésica y otras áreas corticales. Allí por mecanismos aún no bien entendidos, se elaboran respuestas que tienden a superar las causas por las cuales el dolor se ha producido. Estas estructuras y funciones dolorosas han sido seleccionadas por la evolución, para la conservación de las especies animales y también la humana, revelándose como mecanismos muy eficaces.

También el sufrimiento mental o emocional, han sido eficaces en nuestra evolución. Huir del dolor es sin duda la fuerza más elemental con la que aprendemos a vivir, no sólo en los periodos infantiles sino a lo largo de toda nuestra vida. Tal vez por eso se ha conservado y sofisticado en el desarrollo de nuestra especie. Por otro lado la enfermedad existe porque también es un mecanismo seleccionado por la evolución. Todas las especies se defienden de individuos débiles o defectuosos porque a la larga la especie no sobreviviría, según los medios exclusivamente biológicos de que dispone. Nuestro origen y nuestra vida están en dependencia con la Naturaleza. Olvidar esto sólo sería fuente de confusión y tristeza. Aceptar lo que somos nos ayudará a conservar la salud mental necesaria.

En definitiva, una gran mayoría de los males que el hombre padece, se deben sólo a su

condición de ser vivo, no por ser mental o emocional y libre, sino sobre todo por ser corporal, por formar parte del medio natural tal como este es. La desesperación es no poderlo controlar totalmente, sin fallos ni accidentes en particular cuando están en juego vidas humanas.

En nuestras sociedades altamente tecnificadas, esperamos que los fenómenos naturales estén suficientemente controlados y no nos explicamos que ellos dominen aún, cuando ocurren catástrofes naturales que se llevan por delante vidas humanas. Aspiramos a superar incluso nuestros condicionantes biológicos, contra el dolor y el sufrimiento inútil, contra la enfermedad y contra la muerte, para alejarla todo lo que podamos. Para ello es necesario luchar con toda nuestra Ciencia y Tecnología, con toda nuestra cultura y conocimientos. Estos son los medios para el control de nuestro entorno, absolutamente necesarios para poder vivir dignamente.

6. El mal de procedencia ética.

Así como las fuerzas de la Naturaleza y la muerte estaban presentes en el mundo, antes de que el hombre se diese cuenta de ellas, el mal también. En un momento dado indeterminable el ser humano toma conciencia del mal (junto del bien), de modo semejante a la adquisición de la conciencia de dependencia y de muerte. La conciencia ética aparecerá cuando comience a valorar los distintos comportamientos tanto individuales como sociales o de grupo.

¿Cuándo se puede considerar que el hombre inicia un comportamiento con sentido ético? Pues seguramente cuando le sobrara tiempo y riqueza para tener otras actividades distintas de las puramente biológicas. Rituales de enterramiento, mantenimiento del fuego, elaboración de útiles y su manejo, etc. Al necesitar para estos menesteres cierto número mínimo de hombres, tratarían de ayudar a los débiles y de compartir capacidades y bienes, bajo un conjunto de reglas consensuadas y no simplemente por el empleo de la violencia, fruto inmediato de la supremacía física. Fueron probablemente esos consensos, acuerdos o alianzas las que inician la ética en el mundo humano.

Se ha comparado las especies más próximas a nosotros, chimpancé y bonobo (o chimpancé enano), con las sociedades humanas más fuertemente tradicionalistas, las que han conservado una cultura próxima al Paleolítico sin agricultura ni ganadería. Curiosamente se ha observado en aquellas los dos extremos del comportamiento moral, el egoísmo en el chimpancé y el altruismo en el bonobo, situándose nuestra especie en un término medio, una mezcla de ambas cosas.

Los chimpancés están obsesionados por la jerarquía: quien es el macho alfa, el que tiene el poder del grupo al que retan de continuo en violentos ataques, provocándose graves heridas a veces mortales. Cada uno tiene que mantener su situación en una lucha feroz contra sus competidores. El macho alfa como jefe de clan, organiza batallas contra otros grupos de chimpancés que les disputan su territorio y sus recursos. Egoístas, agresivos, violentos que compran y pagan los favores de otros, intentando apaciguar la razón de la fuerza que siempre se impone.

Por el contrario los bonobos se organizan en un matriarcado pacífico, donde todos colaboraran por el bien común de su grupo, compartiendo sus recursos y manifestando grandes dosis de empatía entre sus miembros. Se preocupan y ayudan al que pasa alguna necesidad, de modo que todos parecen interesarse por el que está enfermo o desganado. Cuando suceden conflictos no se resuelven con violencia sino con la práctica del sexo libre, usado como apaciguador de la agresividad. No sólo el sexo es útil para este fin, sino también como fuente de cohesión, salud, placer y diversión, como resulta evidente por la amplísima gama de recursos y modos sexuales que tienen y practican con fruición.

Nuestra especie ha logrado un formidable éxito biológico y social sin parangón con ninguna otra. Pero **no sólo han sido los caracteres humanos altruistas** los que lo han propiciado, sino que **también han colaborado y mucho nuestras características contrarias**. Desde antiguo nuestros caracteres egoístas y los pecados capitales asociados, se han relacionado con la maldad humana. Recientemente algunos neurocientíficos, que se ocupan de la personalidad humana, agrupan los caracteres malvados en lo que llaman la **“tétrada oscura”** que parece ser que en general compartimos con carácter “débil” en distinta medida, pero que en algunos pueden volverse patológicos. Estos son: *narcisismo* (líderes y/o perfeccionistas despectivos), *psicopatía* (escasez de empatía), *maquiavelismo* (manipuladores sin escrúpulos) y *sadismo* (disfrutan del daño ajeno). Hay personas que tienen más de un carácter de estos y todos comparten la búsqueda del éxito o del poder en exceso. ¿Hubiésemos tenido tanto éxito como especie sin estos caracteres? En mi opinión no. Los hemos necesitado para el desarrollo de nuestras civilizaciones y por ello han sido favorecidos por la selección.

Sin embargo, creo que en adelante deberíamos tratar de disminuirlos si queremos seguir avanzando. Pues a partir de ahora más que beneficiarnos nos estorban, al avanzar supuestamente hacia sociedades cada vez más democráticas. Sin embargo, por mecanismos exclusivamente biológicos evolutivos sólo **desaparecerán cuando estos caracteres “malvados” dejen de contribuir al éxito personal y colectivo**, dejen de ser usados para ascender en la escala social o para el encuentro de pareja. Si se logra, el contenido de los códigos éticos que ya los acompaña podrá ampliarse para potenciar este avance y **la selección natural dejará de favorecerlos** en nuestro desarrollo evolutivo. Es evidente que si esperamos a que suceda algo así harán falta muchas generaciones. Quizás puede que en poco tiempo se amplíe la consideración patológica de estos caracteres, hasta en sus manifestaciones más débiles, y se encuentre una terapia adecuada.

7. El origen de los códigos morales

Lo que más nos diferencia a nosotros de las especies próximas es nuestra capacidad para formar **juicios de valor**, es decir, distinguir lo que está bien de lo que está mal y ajustar nuestro comportamiento a esos valores. Si obramos bien nos sentiremos recompensados y reconocidos, mientras que si obramos mal nos sentiremos disgustados y discriminados. Estos mecanismos psicológicos parecen ser heredados, mientras que la concreción de las normas en un código de conducta depende de la cultura, pues varía ampliamente de unas sociedades a otras y además necesitamos largos años de aprendizaje, al contrario que el lenguaje que pronto lo utilizamos con soltura, pues sus estructuras ya están formadas al

primer año de vida.

Para establecer donde se colocan el mal y el bien, con el fin de deducir de ellos un código de conducta concreto, cada grupo social más o menos amplio establece sus criterios, siendo el resultado de un difícil equilibrio entre su tradición y la renovación obligada por las nuevas condiciones cambiantes. Cada miembro del grupo según su criterio personal y comportamiento, juega su papel entre el reconocimiento o aceptación y la exclusión o rechazo, exigiéndole responsabilidades.

Nacemos en una sociedad dada, con criterios definidos sobre lo que está bien y mal y un código moral determinado. Su contenido se ha formado en un largo proceso histórico, **impuesto por los grupos dominantes de opinión**, y cuando alguno de éstos llega a tener acceso al poder, le permite establecer leyes vinculantes para todos.

8. Fe religiosa y la ética

Es evidente que los que tienen una fe religiosa, los juicios de valor sobre el bien y el mal dependen de criterios religiosos. La ética es inseparable de la religión. Es de suponer que los que profesan una misma religión tienen un mismo código ético vinculante para todos. Sin embargo, no todos lo interpretan en la misma forma, ni la moralidad que manifiestan es la misma, al contrario, hay casi tanta diversidad como individuos ya que depende de criterios personales de interpretación y del grado de compromiso con los valores que se sostienen.

Teniendo en cuenta la pluralidad y diversidad individual, en general los criterios éticos y reglas morales de una religión son vinculantes para los que la profesan, pero no pueden serlo para aquellos que no la tienen. Está fuera de lugar decirles a los que no tienen por ejemplo una fe cristiana, que tal cosa está bien por ser voluntad de Dios o que su mal comportamiento será castigado en el juicio de Dios. Lo único que se conseguirá será que se rían con razón de la ingenuidad de la amenaza. Sin embargo, se podrían defender los criterios y valores éticos de la fe profesada no por la autoridad de Dios, sino por estimarlos como los más razonables y los mejores. (Capítulo 13 “la ética del amor”) Muy al contrario han actuado las sociedades teocráticas, que han impuesto con violencia sus criterios en nombre de Dios.

Pedir a Dios que destruya el mal quizás sea pura ignorancia por nuestra parte, porque es idéntico a pedir que destruya al hombre. El hombre es a la vez bueno y malo, egoísta y altruista, justo e injusto etc., es un pozo de contradicción, junto a las luces están las sombras. No es posible arrancar de él toda la maldad quedándonos sólo con lo bueno, porque con ello destruimos al hombre. Encuentro razonable pensar que Dios no quiere destruir al hombre tal cual es. Tenemos entonces que asumir nuestra condición humana con todo lo bueno, pero también con toda la carga de maldad que arrastramos.

A partir de aquí algunos deducen que lo correcto sería seguir los impulsos naturales sin hacer ningún esfuerzo por corregirlos, sino todo lo contrario. No poner ningún impedimento a su salida, a su expresión, sacando todo lo que llevamos dentro, lo malo y lo bueno de nosotros mismos, siendo naturalmente humanos, con sus defectos y virtudes. El

límite solamente radicará en razones de convivencia. Creo que pensar así es un error, pues todo mal hecho produce daño y sufrimiento y por tanto tendríamos que hacer lo necesario para erradicarlo. Pero no se trata de destruir el mal por procedimientos mágicos o divinos, porque el ser humano sería irreconocible, sino paso a paso a lo largo de la historia.

Si no reparamos en el mal que hacemos para corregirlo, jamás podremos erradicarlo, vencerlo, ni siquiera disminuirlo. Si no aprendemos a tener un elevado interés y sentido ético, jamás lograremos tener una convivencia pacífica y justa. Si la gente no quiere aprender ni colaborar en ello quedan sólo las leyes, los medios de coacción y disuasión que no son eficaces. Siempre habrá grupos sin miedo, buscando los resquicios de la ley para hacer lo que les da la gana, sacando tajada sin importarles el daño que hacen a otros. Si al hombre no se le enseña, se le forma y educa en el bien, no sabrá distinguirlo del mal, porque es incapaz de aprenderlo por sí mismo, ya que somos constitutivamente contradictorios, una mezcla inseparable de bien y mal que hemos heredado.

9. La culpa del hombre.

La culpabilidad es un asunto delicado, pues cuando rebasa un cierto límite fuera de control, lo invade todo causando una patología. Pero también si eliminamos toda culpa o la reducimos en exceso, o bien es que nos conformamos con lo que tenemos y paraliza nuestro avance personal, o bien nos creemos tan “perfectos” que no encontramos nada que arreglar y esta gente tan narcisista la considero peligrosa por el daño que causan. También resulta delicado el buscar culpables, pues con frecuencia se encuentra la culpa en otros sin ver la propia y también a menudo se desliza hacia la sed de venganza más que de justicia.

Pero es cierto que hay algunos más culpables que otros. Y es un tremendo escándalo que sean precisamente los más culpables y perversos, los que tienen una vida más regalada, llena de riqueza y abundancia y sin embargo los mejores, padezcan toda suerte de males. Es este escándalo uno de los puntos principales en que algunos basan la negación de la justicia de Dios y por tanto a Dios mismo. Pero yo creo que es precisamente al negar a Dios cuando quedan los casos de injusticia escandalosa, sin respuesta para siempre. Basta suponer un Dios suficientemente grande, para que los casos de imperdonable injusticia queden compensados. El mundo sería demasiado injusto y por tanto incomprensible, sin el equilibrio del punto final compensatorio.

Culpables de producir injusticia y miseria lo somos todos. Somos culpables por sostener estructuras y situaciones injustas, sin denunciarlas y sin hacer nada por cambiarlas. En las catástrofes naturales también hay que depurar responsabilidades. Es curioso que sean más frecuentes las inundaciones en zonas marginales que en otras, precisamente en donde no se han puesto las medidas de prevención suficientes, o no se han invertido suficientes recursos. Se buscan responsables cuando el fenómeno sucede con una cierta frecuencia ¿Quién puede pensar que no se destinen dineros y responsables, si sufriéramos inundaciones cada otoño en zonas residenciales lujosas? Sin duda habrá fenómenos catastróficos imposibles de prever, que no son responsabilidad de nadie, pero ¿cuántas muertes tienen que ocurrir para que se tomen medidas? Opino que fenómenos imprevisibles

son muy pocos y cada vez menos, pues la Ciencia trata de conocer la Naturaleza para que no nos coja por sorpresa. En esto, en la buena marcha de estas investigaciones hay también responsabilidades.

Creo que es muy difícil que exista un suceso accidental que no pueda relacionarse con una falta de responsabilidad. Hay responsabilidades en los accidentes de circulación por no construir máquinas más seguras, mejores carreteras e infraestructuras de transporte, también por el uso incorrecto. Hay responsabilidades en los accidentes laborales. También en el campo de la medicina se es responsable de las enfermedades que somos incapaces de controlar. La falta de investigación, de recursos y de atención es fuente de responsabilidad.

Nuestra sociedad es poco responsable al considerar los culpables del mal. Es más fácil colocar una figura mítica (Satán...), que asuma todos los males que nos afectan y realizar cualquier rito simbólico (velas...) para apartarlos de nosotros, o utilizarlo como argumento contra el Creador con tal de no asumir nuestras responsabilidades. Sabemos que nuestra vida es frágil, a veces nos exponemos innecesariamente y asumimos el peligro sin reclamar responsabilidades. Hay peligros que nos superan y abruman, de los cuales tratamos de hacer responsable a Dios. Mitificamos esas dificultades insuperables, incomprensibles, para no cargar con las responsabilidades que nos ahogarían, o simplemente las descargamos en otros.

¿Dónde está el mal? En nuestras sociedades es fácil hacer un listado de males que sufre el hombre. Pero es más cierto que en cualquier época y cultura, la falta de recursos y la desigual distribución de los mismos, hace complicar las cosas. La vida en condiciones precarias se nos hace dura, nos movemos con dificultad, perdemos el control y todo se complica. Las condiciones precarias se hacen aún peores de soportar, cuando conviven junto al derroche y la abundancia. Bolsas de marginación y pobreza, explotación, intolerancia, dolor, violencia, enfermedad, sufrimiento,..., se extienden de forma incomprensible, justo al lado de un lujo desbordante. Todo se vuelve insoportable, la justicia y también la vida se nos escapa entre los dedos. Este es el mal, es fácil delimitarlo.

El mal no es una fuerza superior que mata al niño de sufrimiento y de hambre. No es la Naturaleza que se desborda en una riada, o que produce sequía y hambre. El mal está en el hombre, que pone por delante sus intereses de poder y de dinero antes que las personas. No importa las masas de marginación y pobreza que se generen. No importa cargarse la Naturaleza y hacerla inhabitable. No importa que el trabajo y vivienda se den en condiciones precarias y de peligro inminente. No importa que personas no alcancen los mínimos de salud para vivir. Todo vale con tal de que las élites de las sociedades avanzadas progresen y acumulen toda la riqueza y poder, ¡qué nada escape a su ansiedad devoradora! Es devastador.

Si sólo nos ocupamos de nuestros intereses sin tener en cuenta nada más, pronto nos veremos rodeados por la injusticia, lo insoportable, y lo incomprensible como tres “fantasmas”, los tres “IN” que lo dominarán todo. **Injusticia**, cuando se pisan los derechos sobre todo de los más indefensos, sea cual sea su causa. **Insoportable** lo es, cuando se sufre dolor gratuito y arbitrario, sobre todo cuando se pisotea la dignidad. **Incomprensible**,

cuando se falta a la verdad, y todo se vuelve falso perdiéndose toda confianza. ¿Se puede vivir rodeado por estos tres “fantasmas”? Por contra con justicia, dignidad y verdad se podría reducir el mal del mundo, y si pasamos al límite tal vez consigamos arrinconarlo y vencerlo, hasta que desaparezca para siempre.

10. *Inclinando la balanza. Mi decisión.*

Es cierto que pensar y esperar que la humanidad por sí misma pueda cambiar tanto como para erradicar todos los males, suena a utopía irrealizable. Sin embargo, si pensamos que el plan de salvación de Dios consiste precisamente en alcanzar en la historia la Plenitud Humana, la utopía será realizada. Y es que mi fe en Dios parte de una esperanza, de que **el mal y la muerte serán vencidos al final de la historia**, (en un tiempo dentro de la historia no en el más allá).

Yo no puedo conocer cómo actúa Dios ni siquiera si interviene o no en nuestro mundo, no puedo ni quiero situarme en el papel de Dios, mirando las cosas desde arriba. Pero puedo y quiero suponer y proponer, que si la humanidad individual y colectivamente se empeña en vencer el mal, **Dios se implique en ese proceso y pueda ayudarnos en ese objetivo, sin milagros ni magias**. Y es que su implicación para mí, deriva del plan de salvación que reconozco en Dios.

Y además, si Dios se implica lo hará no sólo para el conjunto de la humanidad, sino también a nivel personal. Por tanto, Dios sí puede ayudarnos y responder a nuestras preguntas existenciales, (el cómo pienso que lo hace, lo trataré en el capítulo siguiente).